

Detras del carro, hundidas en el cieno,
Van las indignas armas
Que le hacen hoy pagar delito ajeno.
Párase en fin el carro; ante sus jueces
Llega Grifon, y allí se le condena
A soportar ignominiosa pena.

Delante á cada templo y cada casa,
Por exponerlo al público, lo llevan;
Por do quiera que pasa
Insultos é improperios se renuevan.
Así llega á las puertas

De la ciudad, de cuyo seno ciertas
De arrojarle por siempre se creían
Las gentes que á Grifon no conocían.

Mas este, apénas de sus férreos lazos
Sus pies ve libres y sus fuertes brazos,
Su espada empuña y á la chusma embiste,
Que á sus terribles golpes no resiste.
Hasta otro canto, empero,
Esta importante narracion difiero.

CANTO XVIII.

Márchase Rodomonte de Paris, y se encuentra en el camino con un enano que le da fatales noticias de Doralice. — Vuelve Carlomagno á fortificar á Paris. — Proezas del jóven Dardinelo. — Noradino aplaca á Grifon. — Fin de la historia de Origile. — Nuevos combates en Damasco. — Carácter y valor de Marfisa. — Embárcase esta con sus compañeros. — Tempestad. — Dardinelo muere á manos de Reinaldo. — Huyen los moros. — Audacia de Medoro y Cloridano.

Al placer de ensalzar vuestras virtudes,
Magnánimo señor, no sé si puedo
Entregarme sin miedo
De que lo humilde ó toco de mi lengua
De vuestro alto esplendor redunde en mengua.
Una, entre otras virtudes, sobre todo
Mueve mi admiracion. Grata acogida

Encuentra siempre en vos el que á vos viene;
Vuestra alma, empero, su impresion contiene
Y aguarda así que la razon decida.

Al acusado ausente; cuántas veces,
Su defensa abrazando, disculpasteis,
Y tiempo le dejasteis
De venir á exponeros sus razones!
En su gesto, en su voz, en sus facciones
Buscando la verdad, un mes, un año,
Suspende os he visto vuestro juicio,
Por no fallar del inocente en daño.

No tanta injuria á obrar de esta manera
El rey de Siria al buen Grifon hiciera.
Señor, de eterna gloria
Vuestra prudencia os cubre. Noradino
Mancilló para siempre su memoria
Y deshecha su gente y maltratada
Vió por Grifon, cuya tremenda espada
Treinta derriba y mas cabezas. Huye
La chusma por el campo y la calzada,
Y las puertas obstruye
De la ciudad, do por entrar refluye.

Los que, en mover las plantas mas lijeros,
A sus puertas llegaron los primeros,
Alzando en esto el puente
Y penetrando en la ciudad, se alejan
Sin pensar en sus tristes compañeros,
Que al furor de Grifon expuestos dejan,
Y que, volver la consternada frente
Sin apénas osar, despavoridos,
Huyen lanzando quejas y alaridos.

De aquestos hombres en sus fuertes brazos
Alzando á dos el paladin valiente,
Contra un peñasco duro
La cabeza del uno hace pedazos;
Y por encima al muro
En la ciudad arroja
Al segundo, en quien, lleno de congoja,

Mirar el pueblo todo se imagina
Al paladin que á tantos extermina.

A armarse el uno va; llega otro armado;
Al ronco son del atambor, mezclado
Del clarin y del pifano el acento,
Hace terrible resonar el viento.
Mayor en fin no fuera
El terror ni el bullicio, si á atacarlos
El egipcio sultan allí viniera.

Mas, por volver á Carlos,
Mi narracion es fuerza que difiera.
Seguido por el duque de Baviera,
Y Oger de Dinamarca,
Oton, Avoli, Avino,
Berenguer y Oliveros, el monarca
Corre en pos del indómito Argelino,
Que en la gente francesa

De sembrar ruina y destruccion no cesa.
Su fuerza toda encomendando al asta,
Los ocho á un tiempo al musulman embisten;
Mas tanto golpe impávido él contrasta.
Que, cual girando práctico piloto
Del Ábrego y del Noto
Conjurar suele la terrible saña.

Así supo evitar el agareno
El duro embate que á tocar de lleno
Hubiera derribado una montaña.

Ranero, Salomon, Ricardo, Guido,
Ganelon el traidor, Turpin discreto,
Angelino, Angeler, Márcos, Ugueto,
Mateo é Ivon á aquellos congregados
Y á Ariman y á Odoarte de Inglaterra,
Atacan al infiel por todos lados.

Pero no brama de la alpina sierra
Allá en las cimas huracan tremendo
Cuando, fresnos y encinas destruyendo,
Viene á estrellarse contra fuerte roca
Que su impotente cólera provoca,

Como brama el soberbio sarraceno,
Que, ardiendo en sed de sangre y de venganza,
Con el fragor del trueno
Y la presteza de la bala, hieren
A todo aquel á quien su enojo alcanza.
Hasta los dientes dividido en tierra
A Ugueto lanza, sin que yelmo fino
Conjurar pueda su fatal destino.

En vano cada cual se sobrepuja
Y á Rodomonte con coraje embiste,
Que, cual yunque á la punta de una aguja,
A las espadas su paves resiste.
El caudillo francés del alto muro
Las esparcidas tropas retirando,
Hacia el paraje acércase volando
Donde ve que mayor es el apuro.

En torno á su persona
A buscar proteccion, en esto, llega
La gente que sus lares abandona
Y que á la fuga y al terror se entrega.

Del jefe amado la presencia en breve
Logra un tanto calmar su desaliento;
Y, cual tal vez si de feroz leona
En la choza se atreve
A penetrar un toro, sus rugidos
Espantosos huyendo, al ver sus cuernos,
Se esconden en los antros mas internos
Los cachorros que, presto de su madre
Por el audaz ejemplo conmovidos,
A su adversario sobre el cuello saltan
Y su tostada piel de sangre esmaltan;
Así contra el pagano aquella gente
De los balcones proyectiles lanza,
Por la espalda acométele y de frente,
Y en torno dél de modo se atropella,
Que por librarse della
No bastaran al moro veinte soles,
Aunque pudiese á su sabor ponella

En manojos, cual rábanos ó coles.
 Nada en efecto, ó poco le aprovecha,
 Si á mil contrarios su valor destruye;
 Que cuantos mas derriba, mas le estrecha
 La multitud que nunca disminuye.
 Por esto, y ademas porque sospecha
 Que como á tiempo el campo no abandone,
 Tal vez mas tarde, exhausto de fatiga,
 Resistir al torrente no consiga,
 A hacer cesar la lucha se dispone.

Alza la vista en tanto, y obstruida
 Ve por do quier su marcha; mas en breve,
 A mil y mil privando de la vida,
 Abrirse paso con su espada debe.

Cual toro á quien hostiga audaz canalla,
 Despedaza la valla,
 Y á cuantos topa tunde ó extermina,
 Tal, mas terrible acaso,
 Fué el estrago y la ruina
 Que señaló de Rodomonte el paso.
 Por medio al cuerpo á quince ó á veinte trunca,
 A otros tantos cercena la cabeza,
 Sin que por consumir tanta proeza
 Tenga que dar segundo golpe nunca.
 Y, cubierto de sangre, y en pedazos
 Por el campo esparciendo
 Las cabezas, los troncos y los brazos,
 Su camino va impávido siguiendo
 Por medio de la hueste numerosa
 Que, en audacia su miedo convirtiendo,
 Le persigue, moléstale y acosa.

Cual fiera que del Atlas perseguida
 En las selvas, tornando á su guarida,
 Las melenas eriza y amenaza
 A cuantos le dan caza,
 No de otro modo, hiriendo y amagando,
 Ante la turba el moro se repliega,
 Hasta que al sitio llega

Adonde el Sena, una ínsula formando,
 De Paris la exterior muralla riega.
 Allí tres veces, furibundo y bravo,
 De nuevo en medio de la grey se arroja,
 Y de su acero la hoja
 Vuelve á teñir en sangre, hasta que al cabo
 De la razon la cuerda voz escucha;
 Lánzase al Sena, y fin pone á la lucha.

¡África altiva! tú que en tus arenas
 Un Anteo, un Aníbal produjiste,
 Con Rodomonte comparable apénas
 En ellas ver un paladin pudiste.
 Cubierto de su sólida armadura,
 Que á sus robustos miembros no mas pesa
 Que si fuera de escamas,

A la contraria márgen atraviesa,
 Dejando atras los muros que se duele
 De no haber dado en pábulo á las llamas.

Y de tal modo en su angustiado pecho
 El orgullo se agita,
 De tal modo atormentale el despecho,
 Que retornar á la ciudad medita
 A arrancar de sus muros los cimientos
 Y á esparcir sus cenizas á los vientos.

Mas á aumentar la cuita que le aflige
 Se acerca, por la orilla, un personaje
 De quien en breve os hablaré. Ya dije
 Cual, emprendiendo la Discordia el viaje,
 Al campo de Agramante se dirige.

A su pérfida amiga encomendando
 Que atice el fuego que en sus claustros arde,
 Parte pues del convento aquella tarde;
 Y luego, no dudando
 Quanto serle útil la Soberbia puede,
 Marcha en su busca. A acompañarle accede
 Ella, á la Hipocresia
 Dejando en su lugar. En compañía
 De la Soberbia la Discordia andando

De los zelos encuentra al monstruo infando,
Que va tambien al campo de Agramante.
A su lado venia

Un enano, con quien al regio amante
Nuevas la bella Doralice envia,
Rogándole que venga sin tardanza
A recabar de su raptor venganza.

La causa oyendo que al enano guia,
Se llena la Discordia de alegría,
Y presto, persuadida de que en vano
Se esforzara en buscar pretexto alguno
Mas breve y oportuno
De enemistar al hijo de Agricano
Y al feroz Rodomonte,
Con el enano parte, y llega al Sena
Cuando tocaba el rey de Argel su arena.

Este, no bien de su adorada amiga
Reconoce al exiguo mensajero,
Su faz serena, su furor mitiga,
A su alma torna su valor primero.
Hacia el enano en acorrer no tarda,
Y, à mil leguas distante
De sospechar el golpe que le aguarda,
« ¿Dónde está, « grita, » mi señora? dime,
« Dime ¿no es ella la que aquí te envia? »
« —No es tu señora ni señora mia, »
Dice él, « la que hoy bajo otro yugo gime;
« Que ayer un caballero tu enemigo
« Nos la robó y se la llevó consigo. »
Del corazon del rey, à tal anuncio,
El áspid de los zelos se apodera,
Y de la dama el nuncio
Le relata la historia lastimera.

El eslabon de acero sobre el sílex
La Discordia agitando sin tardanza,
Saltar hace la chispa, à cuyo fuego
La yesca arrima la Soberbia luego,
Y encendida, la lanza



Rodomonte deja à Paris. (T. I, p. 310.)

En el pecho del moro , cuyos zelos
A la tierra amenazan y á los cielos.
Cual onza que , privada de sus hijos ,
Con desvelos prolijos
Buscándolos , registra el monte , el rio ,
Y ansiosa del raptor la huella sigue ,
Sin que lluvia , ni viento , sol , ni frio ,
Su incierto viaje á suspender le obligue ;
Así , bramando el sarraceno altivo ,
Y al enano volviéndose , le dice :
« En busca de mi cara Doralice
« Conmigo ven ; » y solo , y preparado
A conquistar de bueno ó de mal grado
El primer palafren que se presente ,
A pié parte lijero cual serpiente
Que , la sombra buscando entre la yerba ,
Un sendero traspasa
Cuando el rayo del sol la tierra abrasa.
Su triste estado la Discordia advierte
Y á la Soberbia , sonriendo , dice :
« Pues que tal es su afan , fuerza es , amiga ,
« Hacer á todo trance
« Que , sin nuevas querellas , no lo alcance.
« Del rumbo , pues , que siga
« Todo bruto alejemos , cuyo dueño
« No pueda contrastar su audaz empeño. »
Quien fuese este diré ; mas ora es fuerza
Que hácia el rey Carlos mi atencion se tuerza.
Viendo al moro partir , viendo apagado
El fuego que á su corte consumia ,
En dar órdenes Carlos ocupado ,
A reforzar algun endeble puesto
De sus guerreros una parte envia ,
Mandando que á atacar se apronte el resto ,
Y que , de San German y de San Victor
Por las puertas saliendo , á unirse vaya
En la vasta llanura de sus vistas
El arrabal de San Marcelo explaya.

Para el combate allí viéndolas listas,
A sus huestes anima, las ordena
Y les manda embestir á la agarena.

Su arzon en esto el hijo de Trayano
Recobrando á despecho del cristiano,
Combate con Zerbino.

Sus armas mide con el rey Sobrino
El valiente Lurcanio, y con su acero
El paladin de Montalban en fuga
O en trizas pone un escuadron entero.

Seguido de una escolta numerosa
De á caballo y á pié, y á los acentos
De mil estrepitosos instrumentos,
Cárlas en tanto por la opuesta parte
La retaguardia de Marsilio acosa
Y de España á la gente belicosa
Que está formada en torno á su estandarte.

Replegaban las huestes de Agramante
Y por siempre jamas se dispersaran,
Si en este instante al campo no llegaran
Grandonio, Serpentino, Balugante
Y Ferragut, que, con bramidos fieros,
« ¿ Adónde vais, » gritaba, « compañeros ?
« A vuestras filas retornad, y nada
« Temais de esa canalla bautizada.

« Por vuestro honor mirad ; mirad el premio
« Que, si venceis, os guarda la fortuna ;
« La ignominia temed y el duro apremio
« En que tendréis que suspirar cautivos
« Si en poder del cristiano quedais vivos. »

Así diciendo, y empuñando un asta,
Corre hácia Berenguer, de quien en vano
Argalifa la cólera contrasta.

Yelmo y cabeza rompe el yerro insano,
Que en tierra lo derriba, y al impulso
De otros diez golpes fieros
Sucumben otros tantos caballeros.

Estrago igual por otra parte hacia

Reinaldo en esto, huestes dispersando
Y de vivos vacía

La tierra dél en rededor dejando.

El valiente Lurcanio, el buen Zerbino
En valor y en esfuerzo competian,
Y al Tártaro profundo,

Heridos por sus manos, descendian
Balastro y Finadur, jefe el primero
De las tropas de Alzerbe, y el segundo
De las de Fez y de Marruecos. Pero
Se me dirá : ¿ No hay por ventura un moro
Que las armas maneje sin desdoro ?

Sí, sí los hay. Mirad á aquel mancebo,
Al noble Dardinelo, hijo de Almonte
Que de Zúmara es rey. Delfin del Monte,
Claudio del Bosque, Uberto de Misfordia,
Miden la tierra á impulso de su lanza.

De su acero la indómata pujanza
A Elliot, á Anselmo de Stratfort derriba,
Y á Raimundo el inglés y á Pinamonte.
De vida á cuatro de estos jefes priva ;
Al quinto deja herido ;

A los demas privados de sentido.

Mas no puede de un hombre aislado el celo
Reforzar á un ejército cobarde,
Ni al suyo puede el bravo Dardinelo
Hacer que firme aguarde

Al cristiano, que en número le cede,
Mas que en pericia y en valor le excede.

Los de Zúmara pues, los de Canarias
Con los de Tánger y de Ceuta huían,
Y á las de Alzerbe, entre estas huestes varias,
Su temor y desórden distinguían.

Dardinelo, oponiéndose á su paso,
Ora con ruegos, ora con voz dura,
Ánimo en ellos infundir procura.

« Si el recuerdo del padre, » les decia,
« Que estar debiera en vuestras almas fijo,

« No os mueve à hacer vuestro deber, espero
 « Que en peligro tan fiero
 « No negaréis vuestro socorro al hijo,
 « A quien siempre colmasteis de alabanzas
 « Y en quien fundabais tantas esperanzas.
 « Deteneos, por Dios, si para siempre
 « No quereis de su sangre mas preciosa
 « Al África privar. Por donde quiera
 « Obstáculos, barrera
 « Hallaréis, y atajados
 « Los caminos al veros dispersados.
 « Nuestro recurso es el valor. ¿No tiene
 « Por ventura, decid, cada numida
 « Un corazon, un alma y una vida? »
 Así diciendo, con su lanza fuerte
 Al bravo conde de Otonley da muerte.
 Al recuerdo de Almonte, en cada pecho
 Nuevo entusiasmo súbito se enciende,
 Y cada cual del bando que defiende
 Sus armas y su ardor vuelve en provecho.
 Al de Burnick, que un palmo en corputencia
 A los demas llevaba, Dardinelo
 Con su espada cortó la diferencia;
 Rodar hizo en el suelo
 De Ariman de Cornualles la cabeza,
 Y á su hermano, que vino á su socorro,
 Con el hierro homicida
 De parte á parte atravesó en seguida.
 La vida el triste Bogio de Vergala
 De otro golpe cruel á impulso exhala,
 Y así del juramento
 Hecho á su cara esposa queda exento.
 No léjos de él, el musulman advierte
 A Lurcanio gallardo,
 Que á Dorquino y á Gardo da la muerte.
 Por evitar su furia, un golpe Alfeo
 Recibe atroz que frustra su deseo.
 Al ver de este mancebo, que le es caro,

La suerte, Dardinelo alza la lanza,
 Y, respirando cólera y venganza,
 A Mahoma promete
 Que, si el trunfo en la lid le facilita,
 Colgará en su mezquita
 Las armas de Lurcanio con su almete;
 Y lleno de tal cólera le ataca,
 Que el hierro con que hiere por el pecho,
 Ensangrentado por la espalda saca.
 Muerto Lurcanio, ordena
 Que las armas le quiten. De Ariodante
 No es posible expresar cual fué la pena
 Ni cuanto fué su anhelo
 De mandar al infierno á Dardinelo.
 En vano, empero, por llegar ansia
 Hacia este, que tambien le desafia;
 Que en confuso tropel á los cristianos
 Mezclándose los grupos sarracenos,
 Venir no les permiten á las manos.
 En balde el uno francos y britanos,
 En vano el otro infieles desbarata;
 Que al paladin de Montalban el cielo,
 Cuya es la triste humanidad esclava,
 La gloria reservaba
 De dar la muerte al bravo Dardinelo.
 Mas tiempo es ya de que, aquí dando punto
 A los gloriosos hechos del Poniente,
 Cambie, señor, de asunto,
 Y vuelva hácia Grifon, á quien ha poco
 Dejé luchando contra aquella gente,
 A cuyas voces vino
 Con gruesa hueste armada Noradino.
 Con pena ve este principe el desórden
 Que al pueblo todo aterra y desconcierta;
 Y, allí llegando con los suyos, órden
 Da de que se abra sin tardar la puerta.
 De aquella gente en tanto
 Viendo Grifon la ruina y el espanto,